

A propósito de yo y el mundo en Miguel de Unamuno

Jaime Vilarroig Martín

Doctorando en filosofía. Universidad CEU-Cardenal Herrera

Resumen

Unamuno, Ortega y Zubiri comparten ciertas reflexiones de fondo sobre la relación del yo con el mundo. Unamuno distingue al hombre del animal porque el hombre tiene la capacidad de hacerse a sí mismo un ambiente, mientras que al animal, el ambiente le viene dado. El mundo posee al hombre, pero el hombre también posee al mundo. Esta posesión del mundo por parte del hombre se realiza mediante los utensilios, en los cuales se unen el trabajo y la comprensión, el mundo externo o ambiente y el mundo interno o yo. De la habituación del hombre a su entorno, sedimentada en el lenguaje, surge el concepto de ambiente y mundo. La tarea de la ética sería evitar que el ambiente acabe por despersonalizar al yo.

Introducción

La relación del yo con el mundo es algo que ha preocupado a la filosofía desde su mismo nacimiento. A lo largo de los siglos se ha considerado que el mundo estaba en relación unidireccional con el yo, puesto que el mundo era mero objeto de conocimiento, y el yo estaba en relación unidireccional con el mundo, puesto que el yo actuaba sobre el mundo, considerando a éste, de nuevo, como un objeto. La distinción básica que subyace a estas consideraciones es la de sujeto-objeto. Desde la fenomenología primero (y desde el pragmatismo filosófico posteriormente) esta relación ha sido problematizada y cuestionada¹.

También en la filosofía española tenemos pensadores que han sabido ver la problematicidad de la relación sujeto-objeto y, más que resolverla, han intentado plantear la cuestión en otros términos. Unamuno decía en el año

1 M. Heidegger, *Ser y Tiempo*, FCE, Madrid 1980, 72 y ss.

1896 que «*Yo y el mundo nos hacemos mutuamente*»². Posteriormente, las figuras más representativas de la filosofía española, Ortega y Zubiri, seguirían ahondando estas intuiciones, con el instrumental preciso y precioso de la fenomenología. Así, Ortega encuentra una brillante metáfora para caracterizar la relación entre el yo y realidad, que califica como “*dii consentes*”³. Xavier Zubiri, desde un plano más riguroso diría que «*saber y realidad son congéneres en su raíz*»⁴.

Las intuiciones de Unamuno a este respecto han sido a menudo desconocidas o menospreciadas⁵, bien por su carácter fragmentario, bien por la poca voluntad de Unamuno (hay que reconocerlo) de hacer filosofía rigurosa. A nuestro entender, la relación que Unamuno plantea entre el yo y el mundo es originalísima para su tiempo y anticipa posturas e ideas que luego serían moneda común en la filosofía. La intención de la presente comunicación es doble: plantear sucintamente la relación entre yo y el mundo que Unamuno nos propone y pensar esta relación a partir de la misma propuesta unamuniana. Con ello queremos decir que Unamuno no dice sobre el yo y el mundo mucho más que lo que dicen los escasos textos originales que vamos a presentar; pero estos textos esconden potencialidades que trataremos de desarrollar.

2 Miguel de Unamuno, *Obras Completas*, Vol. VIII, Biblioteca Castro, Madrid 2007, 381. A partir de ahora esta edición de las obras completas será citada como OC-Castro.

3 «Los símbolos orteguianos son siempre símbolos de integración, como la divinidad griega y romana de Géminis, los Dioscuros, Dii consentes o dioses unánimes (cfr. XII: 388; VII: 417). Como Cástor y Pólux, que no se separaban ni un momento, el yo y el mundo se integran en la vida». J. Ruiz Fernández, *La idea de filosofía en Ortega y Gasset*, Tesis doctoral inédita dirigida por J. L. Abellán, Universidad Complutense de Madrid, 109.

4 Xavier Zubiri, *Inteligencia Sentiente. Inteligencia y realidad*, Alianza Editorial, Madrid 1984, 10.

5 El desarrollo más concreto de esto lo hemos encontrado en un trabajo temprano de Julián Marías sobre Unamuno. J. Marías, *Miguel de Unamuno*, Espasa-Calpe, Madrid 1976, 206-210. Al orillamiento de este tema han confluído dos factores: en primer lugar, éste tema no parece ser, a primera vista, un tema central en Unamuno, y en segundo lugar, el artículo donde más ampliamente se trata la relación entre el yo y el mundo, *Civilización y cultura*, OC-Castro, Vol. VIII, no es una de las obras más conocidas del rector de Salamanca.

El mundo del animal y el mundo del hombre

Comenzamos con una caracterización de las diferencias entre el hombre y el animal⁶. Todas ellas giran en torno a la misma idea, y es que la relación del hombre con su mundo-ambiente y la relación del animal con su mundo-ambiente, es diversa. Esquemmatizando, el animal:

- es en gran parte producto del ambiente físico en el que vive;
- depende directamente del ámbito en que vive;
- apenas puede modificar el ámbito en que vive;
- vive casi por completo fuera de sí en el ambiente que le rodea;
- apenas se distingue del mundo exterior;
- el mundo exterior es su placenta psíquica;
- carece de verdadera conciencia refleja.

En cambio el hombre:

- es animal;
- es hijo del ambiente en que vive;
- obra sobre el ambiente en que vive;
- modifica el ambiente en que vive;
- cambia el ambiente en que vive;
- se crea un ámbito interior;
- con su conciencia se opone al mundo.

La diferencia entre hombre y animal, para Unamuno, es que éste es inmensamente más capaz de crearse un ámbito, de hacerse un ambiente propio: *«Hay, sin embargo, que hacer observar que si algo distingue al hombre del animal es que el hombre es inmensamente más capaz de crearse un ámbito, de hacerse un ambiente propio, que no otra cosa significa el em-*

6 *«El animal es en gran parte, y sin llegar a la paradoja podrá sostenerse que en totalidad, producto del ambiente físico en que vive. Depende directamente del ámbito y es pequeño su poder de modificarlo. Vive casi por completo fuera de sí, en el ambiente que le rodea, sin apenas distinguirse del mundo exterior, su placenta psíquica, careciendo de verdadera conciencia refleja (...). El hombre es animal, también hijo del ambiente que le rodea, pero obra sobre él, lo modifica y cambia y así se crea un ámbito interior, lo mismo que en su conciencia se opone al mundo».*

pleo de útiles e instrumentos»⁷. Más adelante veremos qué implica el uso de instrumentos. De momento, encontramos aquí dos expresiones que apuntan a lo mismo: crearse un ámbito (propio) y hacerse un ambiente propio. Por contraposición, el animal será aquel que no crea su propio ámbito, y que en lugar de hacerse un ambiente se encuentra con uno ya hecho, y, por tanto, sin posibilidad de rehacerse.

Ambiente, ámbito es el horizonte de significados contra el que se recorta la entera vida del ser humano. El ambiente es la urdidumbre de cosas, pero no como meros objetos, sino como cosas con sentido, cosas insertadas en un entramado de significatividad, porque estoy habituado a ellas y gracias a ellas el espacio en que me muevo es habitable. Esta habitabilidad propiciada por la habituación de los enseres entre los que me muevo sería lo característico del ámbito. Por el contrario, al animal, tal entramado de significatividad le vendría dado de antemano, y sería como una camisa de fuerza puesto que le es imposible salirse de él.

Aquello que hace el hombre, que no puede el animal, es un **hacer** como **creación**, un *hacer poético*, creativo. Obviamente, no se está hablando aquí de capacidad material de hacer poéticamente nada; es decir: el hombre no puede crear nada *ex nihilo*, al modo divino. Sin embargo, lo que el hombre se crea (su ambiente), tiene cierto parecido con la actividad que el Génesis y la filosofía a lo largo de los siglos han atribuido únicamente al poder de Dios⁸. Si Dios crea con su Palabra un mundo material, el hombre creará, con su palabra, un mundo de sentido, de útiles y objetos comprensibles para el hombre.

Aquello que el hombre crea o se hace, según Unamuno, es un ámbito o ambiente **propios**. Por un lado tenemos el ámbito, por otro la característica de que es un ámbito que le es propio. El ámbito que se crea o se hace el hombre no es un ámbito para otro tipo de ser que no sea el hombre mismo. El hombre es el ser capaz, no de hacer un ambiente cualquiera, para cualquier tipo de ser vivo, sino de hacerse su propio ambiente.

El hacerse-crearse un ámbito-ambiente viene interpretado por Unamuno como un **emplear útiles e instrumentos**. Así pues, la diferencia específica y cualitativa entre hombre y animal no humano, siguiendo una larga tradición, es puesta por el rector de Salamanca en el empleo de instrumentos. El ámbito que crea y en el que se mueve el ser humano estaría constituido por las cosas-con-sentido con las que el hombre se encuentra. Y, de momento en

7 OC-Castro, Vol. VIII, 361.

8 Génesis I, 1-27.

un nivel elemental, las cosas con las que se encuentra el hombre no son cosas desnudas de sentido, sino cosas que son cosas-para, útiles o instrumentos.

Esbozcemos un ejemplo. Un hombre camina por el bosque y se encuentra en medio del camino un árbol. La significatividad del árbol le vendrá proporcionada al hombre por el ámbito o ambiente (entramado de significados) en los que el árbol se encuentra: las experiencias pasadas respecto a los árboles, los árboles de su jardín a los que se ha habituado, los árboles de los relatos novelescos y las poesías, los árboles de las clases de ciencias naturales, etc. Y este árbol que no es para el hombre un objeto desnudo de sentido, se convierte a su vez en un repertorio de posibilidades: el paseante puede rodear el árbol, o detenerse a contemplarlo, o derribarlo, o escribirle un poema, o construir sobre él un refugio, etc. Cualquier cosa que haga con el árbol (y está forzado a hacer algo con él, aunque sea ignorarlo), pasará a formar parte del entramado de significatividad que constituye el ambiente que el hombre del que venimos hablando se va haciendo a lo largo de su vida. El árbol adquiere sentido para el hombre porque éste está habituado a tratar con enseres semejantes a los que van anejos repertorios de posibilidades.

La mediación del trabajo y la comprensión entre yo y el mundo

Recordemos que la expresión que resume el pensamiento de Unamuno sobre el yo y el mundo, el sujeto y el objeto, es que «yo y el mundo nos hacemos mutuamente»⁹. El punto de partida para describir este hacimiento mutuo es que **el mundo hace al yo**, o lo que es lo mismo, el hombre se adapta al ámbito¹⁰. Y así es, cuando nace, cuando aprende sus primeros pasos y sus primeras palabras, el ser humano recibe aquello que se le da: aprende a caminar del modo que le enseñan, aprende unas palabras que él no ha inventado y unos movimientos que nunca haría de modo natural. Pero esta necesidad de adaptarse al ambiente, propia de su ser-animal, recordemos, le acompaña toda su vida, y por eso puede decirse que la naturaleza es madre del hombre. A los ciclos naturales del año se ha de someter el agricultor y a las inclemencias del tiempo se ha de someter el pastor. Los grandes desastres que de vez en cuando conmocionan a la humanidad dan fe de que el hombre, a pesar del nivel avanzado en el uso y manejo de la técnica, sigue estando poseído por la tierra, por su ambiente.

9 En la obra de Unamuno existen otras expresiones, por ejemplo, «...pero yo soy sociedad y mundo y dentro de mí son los demás, y viven todos». OC-Castro, Vol. VIII, 386.

10 «El hombre no sólo se adapta al ámbito, sino que se lo adapta, y va así haciendo suya la tierra, primero con la fuerza, con la inteligencia después». OC-Castro, Vol. VIII, 361.

Lo propio del hombre, aquello que no comparte con el animal, es que **el hombre se adapta el ambiente a sí mismo**¹¹. Nótese que Unamuno usa también aquí la forma reflexiva del verbo adaptar: el hombre *se adapta al mundo* y el hombre *se adapta el mundo*. En cualquier caso es el hombre el agente principal, el mundo no deja de ser voluntad ciega frente a la voluntad consciente del hombre. Podría ensayarse una definición de ambiente, animal no humano y hombre en estos términos:

- Animal: Aquel que se adapta al mundo.
- Hombre: Aquel que se adapta al mundo y que se adapta el mundo.
- Ambiente: Aquello a que ha de adaptarse el animal, y que ha de adaptar el hombre.

El movimiento que el hombre hace por adaptarse el ambiente a sí mismo o por poseerlo es progresivo: primero se adapta con la fuerza, luego con la inteligencia; primero con el trabajo, luego con la comprensión. Tenemos, pues, dos modos por los cuales el hombre posee el mundo: por la fuerza-trabajo y por la inteligencia-comprensión. Con el trabajo y la comprensión el hombre se hace y crea un ámbito propio. **El trabajo**, en un sentido muy amplio, es el conjunto de prácticas que constituyen mi vida, con las que me enfrento al mundo o me relaciono con él. Desde abrir una puerta a arar un campo, todo es trabajo, comercio con las cosas, prácticas que me habitúan a los enseres que me rodean creando así un ámbito propio.

Con la comprensión-inteligencia poseo al mundo, pero de otro modo que con el trabajo¹². Para la comprensión no es preciso una práctica actual con los enseres que me rodean (quizá haga falta una práctica previa para que se dé la comprensión, pero no una práctica en el momento actual). Gracias a la comprensión se me desvela o revela el sentido de las cosas que me rodean. Este sentido añadido a las cosas es lo que Unamuno llama “representación ideal del mundo” o “mundo interior”, frente al mundo exterior. En ningún momento parece que Unamuno esté pensando en un mundo interior reflejo especular del mundo exterior: el sentido que la comprensión proyecta

11 Las expresiones “*adaptarse el mundo*” y “*adaptarse al mundo*”, aunque difieran sólo una letra, significan dos cosas distintas: adaptarse al mundo es hacerse como el mundo quiere que yo sea, mientras que adaptarse el mundo es hacer que el mundo sea como yo quiero. Unamuno lo dice de varias maneras, por ejemplo: «*Importa mucho sentir en vivo, con honda comprensión, esta comunión entre nuestra conciencia y el mundo y cómo éste es obra nuestra como nosotros de él*». OC-Castro, Vol. VIII, 382.

12 «*El hombre poseído por la tierra, empieza a poseerla, y no sólo con su trabajo, sino con su comprensión además*». OC-Castro, Vol. VIII, 361.

sobre las cosas no tiene nada que ver con una imagen reflejada en un espejo.

Este mundo interior, que no es sino el mundo exterior comprendido, el sentido del mundo exterior poseído por mí, a su vez se revela como el medio más eficaz para poseer y domeñar al mundo exterior¹³. Y de aquí la nueva interpretación unamuniana del tópico, «*La ciencia domina la fuerza*»: Que la ciencia domina la fuerza no quiere decir que la ciencia tenga más efectividad que la fuerza, o que la productividad de la ciencia sea mayor que la de la fuerza. Quiere decir algo más hondo, a saber, que la ciencia-comprensión (idealización del mundo) es la que guía al hombre cuando aplica su fuerza-trabajo sobre el ambiente. O dicho en otros términos, que el campesino no ara el campo si antes no ha comprendido qué ha de hacer y para qué, e incluso habrá de comprenderse a sí mismo como capaz de poseer a la tierra (y no sólo como poseído por la tierra) para emprender semejante tarea¹⁴.

El utensilio como nexo entre el yo y el mundo

La co-implicación del hombre y el ambiente la expresa Unamuno diciendo que «*obran uno sobre otro en acciones y reacciones recíprocas*»¹⁵. Contra una visión simplista del mundo que consideraría el conocimiento como la acción del mundo sobre el hombre, y la ética como la acción del hombre sobre el mundo, la mirada penetrante del rector de Salamanca descubre que en realidad ambas realidades están co-implicadas, por lo que la imagen que mejor expresa la relación hombre y mundo no es una línea, sino un círculo. Desde el punto de vista de la comprensión, no hay comprensión del mundo sin comprensión del hombre, ni comprensión del hombre sin comprensión del mundo. Desde el punto de vista de la acción, no hay constitución del mundo sin la acción del hombre, ni constitución del hombre sin la acción del mundo. Ninguno es actor absoluto ni reactor absoluto (del mismo modo que en un modelo dialógico del lenguaje humano no hay emisor absoluto ni receptor absoluto).

Unamuno va un paso más allá al decir que el ambiente obra sobre sí mismo por ministerio del hombre, y el hombre obra sobre sí mismo por

13 «*Comprendiendo al mundo, reduciéndolo a viva representación ideal no sólo se crea un mundo en sí mismo, reflejo del exterior, sino que con aquel domina a éste. La ciencia domina la fuerza, vieja verdad que nunca será bastante entendida*». OC-Castro, Vol. 361.

14 «*Al saludar a algún labriego que brega con la tierra esquiva, piensa en cuán gran parte es ésta obra del hombre, que, humanizando a la naturaleza, la sobrenaturaliza poco a poco*». OC-Castro, Vol I, 291.

15 «*El hombre, modificado por el ambiente, lo modifica a su vez y obran uno sobre otro en acciones y reacciones recíprocas*». OC-Castro, Vol. VIII, 382.

ministerio del ambiente¹⁶. Siguiendo con el ejemplo dialógico del lenguaje, es fácil apreciar cómo los participantes en el diálogo se autocomprenden a medida que discurren las palabras, y la autocomprensión viene posibilitada, precisamente, por el otro, por el interlocutor. Ahora, del mismo modo, mundo y hombre obran sobre sí mismos, pero con una acción mediada o posibilitada por el otro: el hombre obra sobre sí gracias al mundo y el mundo obra sobre sí gracias al hombre. El hombre se autocomprende y modifica gracias al mundo con el que comercia, y el mundo se modifica a sí mismo, desde sí mismo, pero mediante la acción del hombre.

Unamuno articula la relación entre yo y el mundo a partir de una reflexión sobre el utensilio¹⁷. Existen dos tipos de utensilios: respecto del mundo exterior, con las manos fabricamos y usamos los utensilios; respecto del mundo interior, son las ideas las que rigen a los utensilios y su uso. Con las manos usamos los utensilios y con la cabeza los comprendemos. La comprensión (mundo interior) de un utensilio viene precisamente por su uso (mundo exterior); y viceversa, el manejo de un martillo (mundo exterior) viene dirigido por la comprensión del mismo (mundo interior). Y por ello dice Unamuno que los utensilios son los dos mundos, el de dentro y el de fuera.

Ya Marías se fijó en el gran acierto unamuniano¹⁸, según el cual el utensilio sería la unión de los dos mundos: el de dentro y el de fuera, o el mundo del yo (el yo mismo) y el mundo de fuera (el ambiente). Unamuno ha dado en el clavo al apuntar que el utensilio es, no una metáfora, sino el punto de articulación, la bisagra, el nexo, entre yo y el mundo. El utensilio une ambos mundos, pero no como mera agregación, sino casi podría decirse que los constituye; es decir, por el utensilio comienza el hombre a tener mundo y a comprenderse como yo, de modo que sin utensilios (en un sentido amplio de utensilio) no es que quedarán dos mundos separados, el del yo y el del ambiente externo, sino que no habría tales mundos¹⁹.

16 «Puede decirse que obran el ambiente sobre el hombre, el hombre sobre el ambiente, éste sobre sí mismo por ministerio del hombre y el hombre sobre sí por mediación del ambiente». OC-Castro, Vol. VIII, 382.

17 «La naturaleza hizo que nos hiciéramos las manos, con ellas nos fabricamos nuestro mundo exterior los utensilios y en el interior el uso y la comprensión de ellos: los utensilios y su uso enriquecieron nuestra mente y nuestra mente así enriquecida enriqueció el mundo de donde los habíamos sacado. Los utensilios son a la vez mis dos mundos, el de dentro y el de fuera». OC-Castro, Vol. VIII, 382.

18 J. Marías, Op. Cit., 208

19 Puede resultar confuso que se hable ahora de dos mundos, el de dentro y el de fuera, cuando hasta ahora habíamos venido hablando de yo y el mundo. Sin embargo, creemos razonable pensar que en la mente de Unamuno el yo es al mundo o ambiente lo que el mundo interior es al mundo exterior.

Mundo y lenguaje

A lo largo de toda su obra, Unamuno pone de manifiesto la íntima relación que existe entre el lenguaje y el mundo. El lenguaje no es un mero objeto que usa el sujeto para expresar el mundo, que sería otro objeto. El lenguaje es esencial para la constitución del concepto de mundo. El lenguaje, como entramado de significados, es esencial para que el hombre pueda tener mundo, que hemos definido también como entramado de significados. Por ello, un niño sin lenguaje, en palabras de Unamuno, no sabría en qué mundo vive, ni si vive²⁰.

La relación del yo y el mundo no es la que un espectador situado en una torre de cristal podría tener de su entorno: una relación aséptica y de pura contemplación. El hombre recibe el mundo a través del lenguaje que aprende desde niño. Las cosas no se le dan al hombre como meros objetos de conocimiento, sino como objetos con sentido, o como sentidos concretados en un objeto; por eso llega a decir Unamuno que lo que llamamos mundo objetivo es una tradición social²¹. Lo que llamamos mundo objetivo no se le daría a un hombre que no viviera en un lenguaje dado: un hombre sin lenguaje, sin una tradición social en la que ha moldeado (¿podríamos decir constituido?) su inteligencia no podría hacerse cargo de los problemas de la objetividad o la subjetividad, como sí podemos hacerlo nosotros, que habitamos ya un lenguaje dado.

Hay una íntima relación, pues, entre el mundo, el lenguaje, el sentido e incluso el ser. Certeramente apunta Unamuno que a la pregunta sobre qué es una cosa, solemos contestar con su nombre. En efecto, en un cierto sentido una cosa es lo que la llamamos²². El sentido que damos a las cosas que tenemos a la mano o que están ante nuestros ojos se sedimenta en una palabra, en un lenguaje. Qué es una cosa nos lo dice su sentido, y su sentido sólo es enunciable en un lenguaje. O quizá podría decirse que el sentido de las cosas se muestra en el lenguaje, aunque el sentido en sí no sea lenguaje.

20 «*Pero es que el nombre es la cosa misma. Un niño sin lenguaje alguno, oral o gráfico, de sonido o de figura, no sabe en qué mundo vive ni si vive*». Miguel de Unamuno, *Obras Completas*, Vol. VI, Afrodisio Aguado, Madrid 1958, 596.

21 «*Y es porque la filosofía no trabaja sobre la realidad objetiva que tenemos delante de los sentidos, sino sobre el complejo de ideas, imágenes, nociones, percepciones, etc., incorporadas en el lenguaje y que nuestros antepasados nos transmitieron con él. Lo que llamamos el mundo, el mundo objetivo, es una tradición social. Nos lo dan hecho*». Miguel de Unamuno, *Del Sentimiento Trágico de la Vida en los hombres y en los pueblos. Tratado del amor de Dios*, Tecnos, Madrid 2005, 290-291.

22 «*La figura del mundo nos la dio la palabra: la visión salió del son. El habla nos enseña a ver. Nombrar una cosa es definir su idea, marcar su contorno*». Miguel de Unamuno, *Obras Completas*, Vol. VI, Afrodisio Aguado, Madrid 1958, 679.

Unamuno expresa, en cierto modo, todas estas ideas en un cuento, «*El canto adánico*»²³. Y cuenta allí cómo Adán, en el alba de los tiempos, ponía nombres a todas las cosas. Si el nombre es el ser y el sentido de una cosa, poner nombres a las cosas es, en cierto modo, ser su creador. Y la cultura, la obra del hombre (no de Dios, ni de los animales), no es otra cosa sino una creación de sentido. El hombre es creador del mundo cultural (que es un mundo de sentidos humanos) porque con su creatividad se hace un ambiente habitable, un mundo al que se habitúa por la familiaridad con él, por el trato cotidiano con las cosas que en él se encuentra. Y este trato con las cosas es lo que les da su sentido, que se muestra en el lenguaje.

Tres notas críticas y el salto a la ética

Con lo visto hasta aquí, podemos sintetizar lo dicho sobre el yo y el mundo, definiendo al hombre como el animal que se las tiene que haber con el mundo porque el mundo le posee obligándole a que se adapte a él, pero a su vez el hombre opone resistencia y obliga que sea el mundo quien se adapte a su voluntad. Esta posesión del mundo por parte del hombre se realiza mediante los utensilios, en los cuales se unen el trabajo y la comprensión, el mundo externo o ambiente y el mundo interno o yo. De la habituación del hombre a su entorno, sedimentada en el lenguaje, surge el concepto de ambiente y mundo. A esto podemos anotar algunas breves críticas.

En primer lugar, las distinciones entre hombre y animal, o animal humano y animal no humano, adolecen del mismo error metodológico que MacIntyre achaca a Heidegger, cuando éste distingue entre mundo y ambiente: el pensador alemán pone bajo la categoría de “animal” tanto a insectos como a primates superiores, y está por ver que el ambiente de unos y otros sea del mismo tipo²⁴. La etología ha avanzado mucho desde los tiempos en que el rector de Salamanca escribía sus ensayos.

En segundo lugar se le puede achacar a Unamuno la poca sistematicidad de su pensamiento²⁵; pero sobre esto ya se ha dicho que es voluntad expresa del pensador vasco renunciar a hacer filosofía como ciencia estricta. Así pues, no se le puede pedir algo que nunca tuvo intención de hacer. La labor de los críticos está en desenterrar las pepitas de oro que pueda haber enterradas en las obras de Unamuno y hacerlas fructificar.

23 OC-Castro, Vol. II.

24 A. MacIntyre, *Animales racionales y dependientes*, Paidós, Barcelona 2001. *Especialmente el capítulo quinto: Cuán pobre es el mundo del animal no humano*, pp. 61-71.

25 Numerosos críticos han intentado una sistematización de la obra unamuniana, pero quizá el trabajo más consciente de tal labor sistematizadora sea el de C. Morón Arroyo, *Hacia el sistema de Unamuno*, Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno, 32 (1997) 169-187.

En tercer lugar, en cuanto a la labor del hombre sobre el mundo, parece que a menudo viene sobrevalorada, en detrimento de la acción del mundo sobre el hombre. Parecería que en Unamuno el que da un sentido al mundo es el hombre: al ser el lenguaje el que da un sentido al mundo, y ser el lenguaje un fenómeno puramente humano, parecería que el fenómeno de la donación de sentido compete únicamente al hombre. Me refiero a que la idea de cultura como creación de sentido, que no está explícita en Unamuno pero podría apoyarse con numerosos textos suyos, no tiene suficientemente en cuenta que el sentido es un invención en el doble sentido: algo que el sujeto pone (invención como creación) y algo que encuentra dado (invención como descubrimiento o encuentro de algo que se busca).

De estas consideraciones en torno al mundo ¿podemos extraer alguna consecuencia ética? ¿Todo esto nos lleva a alguna indicación sobre nuestra vida práctica? Dejemos que sea el mismo Unamuno quien lo explique:

«Nuestra vida es un continuado combate entre nuestro espíritu, que quiere adueñarse del mundo, hacerle suyo, hacerle él, y el mundo, que quiere apoderarse de nuestro espíritu y hacerle a su vez suyo. Yo —piensa nuestro hombre— quiero hacer al mundo mío, hacerle yo, y el mundo trata de hacerme suyo, de hacerme él; yo lucho por personalizarlo, y lucha él por despersonalizarme. Y en este trágico combate, porque sí, el tal combate es trágico, tengo que valerme de mi enemigo para domeñarle, y mi enemigo tiene que valerme de mí para domeñarme. Cuanto digo, escribo y hago, por medio de él tengo que decirlo, escribirlo y hacerlo; y así al punto me lo despersonaliza y lo hace suyo, y aparezco otro que no soy yo»²⁶.

Cabe, pues una despersonalización por obra del mundo. Lo que se hace, se dice o se piensa por obra del mundo no es lo que uno mismo hace, dice o piensa²⁷. Y este dejarse hacer, decir o pensar acaba en que uno no vive su propia vida, sino que se la viven, en una despersonalización creciente. La convicción firme de Unamuno es que la persona vale más que cualesquiera cosa que la persona misma pueda hacer o decir.

26 OC-Castro, Vol. VIII, 611.

27 «Libros, revistas y periódicos tendrás en que se te dará cuenta de lo que se hace, se dice, se piensa por el mundo; a mí ni me interesa sino lo que hagas, digas o pienses tú por ti mismo, valga ello lo que valiere, que siempre valdrá muchísimo más de lo que te figuras tú mismo». OC-Castro, Vol. VIII, 769.